

VIII

La Condesa juega con una de sus pulseras y parece dudosa entre hablar ó callarse. No pasan inadvertidas para Aquiles vacilaciones tales, pero guárdase bien de hacerle ninguna pregunta. Su vidriosa susceptibilidad de pobre le impide ser el primero en hablar. Nada, nada que sea humillante. ¡Aquel estudiante sin libros, que debe dinero sin pensar nunca en pagarlo, aquel bohemio hecho á batirse con todo linaje de usureros y á implorar plazos y más plazos, á trueque de humillaciones sin cuento, considera harto

vergonzoso implorar de la Condesa un poco de amor! Ella, más débil ó más artera, fué quien primero rompió el silencio, preguntando en muy dulce voz:

—¿Has hecho lo que te pedí, Aquiles? ¿Tienes aquí mis cartas?

Aquiles la miró con dureza, sin dignarse responder, pero como ella siguiese interrogándole con la actitud y con el gesto, gritó sin poder contenerse:

—¿Pues dónde había de tenerlas?

La Condesa enderézase en su asiento, ofendida por el tono del estudiante: Por un momento, pareció que iba á replicar con igual altanería, pero en vez de esto, sonrie, doblando la cabeza sobre el hombro en una actitud llena de gracia. Así, medio de soslayo, estúvose buen rato contemplando al bohemio, guiñados los ojos, y de-

C O F R E D E S Á N D A L O

rramada por todas las facciones una expresión de finísima picardía:

—Aquiles, no debías incomodarte.

Hizo una pausa muy intencionada, y sin dejar de dar á la voz inflexiones dulces, añadió:

—Bien podían estar mis cartas en Peñaranda. ¡Nada tendría de particular! ¿En dónde están el reloj y las sortijas? Si el día menos pensado vas á ser capaz de citarme en el Monte de Piedad. Pero yo no iré. Correría el peligro de quedarme allí.

Aquiles tuvo el buen gusto de no contestar: Abrió el cajón de una cómoda, y sacó varias mañosas de cartas atados con listones de seda. Estaba tan emocionado que sus manos temblaban al desatarlos: Hizo entre los dedos un ovillo con aquellos cintajos, y los tiró lejos, á un rincón.

C O F R E D E S A N D A L O

—Aquí tienes.

La Condesa se acercó un poco conmovida:

—Debias ser más razonable, Aquiles. En la vida hay exigencias á las cuales es preciso doblegarse. Yo no quisiera que concluyéramos así, esperaba que fuésemos siempre buenos amigos, me hacía la ilusión de que aun cuando esto acabase...

Se enjugó una lágrima, y en voz mucho más baja añadió:

—¡Hay tantas cosas que no es posible olvidar!

Calló, esperando en vano alguna respuesta. Aquiles, no tuvo para ella ni una mirada, ni una palabra, ni un gesto.

IX

La Condesa se quitó los guantes muy lentamente, y comenzó á repasar las cartas que su amante había conservado en los sobres con religioso cuidado. Después de un momento, sin levantar los ojos, y con visible esfuerzo, llegó á decir:

—Yo á quien quiero es á ti, y nunca, nunca, te abandonaría por otro hombre, pero cuando una mujer es madre, preciso es que sepa sacrificarse por sus hijos. El reunirme con mi marido era una cosa que tenía que ser. Yo no me atreva á decírtelo, te hacía indicaciones, y me

desesperaba al ver que no me comprendías... ¡Hoy, mi madre lo sabe todo! ¿Voy á dejarla morir de pena?

Cada palabra de la Condesa era una nueva herida que inferían al pobre amante aquellos labios adorados, pero ¡ay! tan imprudentes: Llenos de dulzuras para el placer, hojas de rosas al besar la carne, y amargos como la hiel, duros y fríos como los de una estatua, para aquel triste corazón, tan lleno de neblinas delicadas y poéticas. Habíase ella aproximado á la lumbre, y quemaba las cartas una á una, con gran lentitud, viéndolas retorcerse en el fuego, cual si aquellos renglones de letra desigual y felina, apretados de palabras expresivas, ardorosas, palpitantes, que prometían amor eterno, fuesen capaces de sentir dolor. Con cierta melancolía vaga, inconsciente, parecida á la que produce el atardecer

COFRE DE SANDALO

del día, observaba cómo algunas chispas, brillantes y tenues, cual esas lucecitas que en las leyendas místicas son ánimas en pena, iban á posarse en el pelo del estudiante, donde tardaban un momento en apagarse. Consideraba, con algo de remordimiento, que nunca debiera haber quemado las cartas en presencia del pobre muchacho, que tan apenado se mostraba. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo volver con ellas á su casa, al lado de su madre, que esperaba ansiosa al término de entrevista tal? Parecía que aquellos pliegucillos perfumados como el cuerpo de una mujer galante, mancharían la pureza de la achacosa viejecita, cual si fuese una virgen de quince años.

COFRE DE SÁNDALO

X

Aquiles, mudo, insensible á todo, miraba fijamente ante sí con los ojos extraviados. Y allá en el fondo de las pupilas cargadas de tristeza, bailaban alegremente las llamitas de oro, que poco á poco iban consumiéndose el único tesoro del bohemio. La Condesa, se enjugó los ojos, y afanosa por ahogar los latidos de su corazón de mujer compasiva, arrojó de una vez todas las cartas al fuego. Aquiles se levantó temblando:

—¿Por qué me las arrebatas? ¡Déjame siquiera algo que te recuerde!

Su rostro tenía en aquel instante una expre-

C O F R E D E S A N D A L O

sión de sufrimiento aterradora. Los ojos se conservaban secos, pero el labio temblaba bajo el retorcido bigotejo, como el de un niño que va á estallar en sollozos. Desataentado, loco, sacó del fuego las cartas, que levantaron una llama triste en medio de la vaga oscuridad que empezaba á invadir la sala. La Condesa lanzó un grito:

—¡Ay! ¿Te habrás quemado? ¡Dios mío, qué locura!

Y le examinaba las manos sin dejar de repetir:

—¡Qué locura! ¡Qué locura!

Aquiles, cada vez más sombrío, inclinóse para recoger las cartas, que, caídas á los pies de la dama, se habían salvado del fuego. Ella le miró hacer, muy pálida y con los ojos húmedos. La inesperada resistencia del estudiante, toda-

C O F R E D E S Á N D A L O

vía más adivinada que sentida, conmoviale hondamente, faltábale valor para abrir aquella herida, para producir aquel dolor desconocido. Su egoísmo, falta de resolución, sumíala en graves vacilaciones, sin dejarla ser cruel ni generosa. Apoyada en la pared, retorciendo una punta del pañolito de encajes, murmuró en voz afectuosa y conciliadora:

—Yo te dejaría esas cartas... Sí, te las dejaría... Pero, reflexiona de cuántos disgustos pueden ser origen si se pierden. ¿Dime, dime tú mismo si no es una locura?

La Condesa no ponía en duda la caballerosidad de Aquiles ¡Muy lejos de eso! Pero tampoco podía menos de reconocer que era una cabeza sin atadero, un verdadero bohemio. ¿Cuántas veces no había ella intentado hacerle entrar en una vida de orden? Y todo inútil. Aquel mucha-

COFRE DE SÁNDALO

cho era una especie de salvaje civilizado: Se reía de los consejos, enseñando unos dientes muy blancos, y contestaba bromeando, sosteniendo que tenía sangre araucana en las venas.

XI

Él insistía con palabras muy tiernas y un poco poéticas:

—Esas cartas, Julia, son un perfume de tu alma. ¡El único consuelo que tendré cuando te hayas ido! Me estremezco al pensar en la soledad que me espera. ¡Soledad del alma, que es la más horrible! Hace mucho tiempo que mis ideas son negras, como si me hubiesen pasado

COFRE DE SÁNDALO

por el cerebro grandes brochazos de tinta. Todo á mi lado se derrumba, todo me falta...

Susurraba estas quejas al oído de la Condesa, inclinado sobre el sillón, besándole los cabellos con apasionamiento infinito. Sentía en toda su carne un estremecimiento al posar sus labios y deslizarlos sobre las hebras rubias y sedeñas:

—¡Déjamelas! ¡Son tan pocas las que quedan! Haré con ellas un libro, y leeré una carta todos los días como si fuesen oraciones.

La Condesa suspira y calla. Había ido allí dispuesta á rescatar sus cartas, cediendo en ello á ajenas sugerencias, y creyendo que las cosas se arreglarían muy de otro modo, conforme á la experiencia que de parecidos lances tenía. No sospechaba nunca tanto amor por parte de Aquiles, y al ver la herida abierta de pronto en aquel corazón que era todo suyo, permanecía

C O F R E D E S A N D A L O

sorprendida y acobardada, sin osar insistir, trémula como si viese sangre en sus propias manos. Ante dolor tan sincero, sentía el respeto supersticioso que inspiran las cosas sagradas, aun á los corazones más faltos de fe.

XII

No estaba la Condesa locamente enamorada de Aquiles Calderón, pero queriale á su modo, con esa atractiva simpatía del temperamento, que tantas mujeres experimentan por los hombres fuertes, los buenos mozos que no empalagan, del añejo decir femenino. No le abandonaba ni hastiada, ni arrepentida. Pero la Condesa de-

C O F R E D E S A N D A L O

seaba vivir en paz con su madre, una buena señora, de rigidez franciscana, que hablaba á todas horas del infierno, y tenía por cosa nefanda los amores de su hija con aquel estudiante sin creencias, libertino y masón, á quien Dios, para humillar tanta soberbia, tenía sumido en la miseria.

Era la gentil Condesa de condición tornadiza y débil, sin ambiciones de amor romántico, ni vehemencias pasionales. En los afectos del hogar, impuestos por la educación y la costumbre, había hallado siempre cuanto necesitar podía su sensibilidad reposada, razonable y burguesa. El corazón de la dama no había sufrido esa profunda metamorfosis que en las naturalezas apasionadas se obra con el primer amor. Desconocía las tristes vaguedades de la adolescencia. A pesar de frecuentar la catedral, como todas las

C O F R E D E S A N D A L O

damas linajudas, jamás había gustado el encanto de los rincones oscuros y misteriosos, donde el alma tan fácilmente se envuelve en ondas de ternura y languidece de amor místico. Eterna y sacrilega preparación para caer más tarde en los brazos del hombre tentador, y hacer del amor humano y de la forma plástica del amante culto gentilico y único destino de la vida. Merced á no haber sentido estas crisis de la pasión, que sólo dejan escombros en el alma, pudo la Condesa de Cela conservar siempre por su madre igual veneración que de niña: Afección cristiana, tierna, sumisa, y hasta un poco supersticiosa. Para ella todos los amantes habían merecido puesto inferior al cariño tradicional, y un tanto ficticio, que se supone nacido de ocultos lazos de la sangre.

Pero era la Condesa, si no sentimental, mujer

C O F R E D E S Á N D A L O

de corazón franco y burgués, y no podía menos de hallar hermosa la actitud de su amante, implorando como supremo favor la posesión de aquellas cartas. Olvidaba cómo las había escrito en las tardes lluviosas de un invierno inacabable, pereciendo de tedio, mordiendo el mango de una pluma, y preguntándose á cada instante qué le diría. Cartas de una fraseología trivial y gárrula, donde todo era oropel, como el heráldico timbre de los plieguecillos embusteros, henchidos de zalamerías livianas, sin nada verdaderamente tierno, vivido, de alma á alma. Pero entonces, contagiada del romanticismo de Aquiles, hacíase la ilusión de que todas aquellas patas de mosca las trazara suspirando de amor.

XIII

Con dos lágrimas detenidas en el borde de los párpados y bello y majestuoso el gesto, que la habitual ligereza de la dama hacía un poco teatral, se volvió al estudiante:

—¡Sea!... ¡Yo no tengo valor para negártelas! ¡Guarda, Aquiles, esas cartas y con ellas el recuerdo de esta pobre mujer que te ha querido tanto!

Aquiles, que hasta entonces las había conservado, movió la cabeza é hizo ademán de devolvérselas. Con los ojos fijos miraba á la nieve que azotaba los cristales, enloquecido, pero re-

suelto á no escuchar. Y ella, á quien el silencio era penoso, se cubrió el rostro, llorando con el llanto nervioso de las actrices. Lágrimas estéticas que carecen de amargura, y son deliciosas, como ese delicado temblorcillo que sobreecoge al espectador en la tragedia. Aquiles inclinó la cabeza hasta apoyarla en las rodillas, y así permaneció largo tiempo, la espalda sacudida por los sollozos. Ella, vacilando, con timidez de mujer enamorada, fué á sentarse á su lado en el brazo del canapé y le pasó la mano por los cabellos negros y rizosos. Enderezóse él muy poco á poco y le rodeó el talle suspirando, atrayéndola á sí, buscando el hombro para reclinar la frente. La Condesa siguió acariciando aquellos hermosos cabellos, sin cuidarse de enjugar las lágrimas que, lentas y silenciosas, como gotas de lluvia que se deslizan por las mejillas

C O F R E D E S A N D A L O

de una estatua, rodaban por su pálida faz y caían sobre la cabeza del estudiante, el cual, abatido y como olvidado de sí propio, apenas entendía las frases que la Condesa suspiraba:

—No me has comprendido, Aquiles mío. Si un momento quise poner fin á nuestros amores, no fué porque hubiese dejado de quererte. ¡Quizá te quería más que nunca! Pero ya me conoces... Yo no tengo carácter. Tú mismo dices que se me gobierna por un cabello. Ya sé que debí haberme defendido, pero estaba celosa. ¡Me habían dicho tantas cosas!...

Hablaba animada por la pasión. Su acento era insinnante, sus caricias cargadas de fluido, como la piel de un gato negro. Sentía la tentación caprichosa y enervante de cansar el placer en brazos de Aquiles. En aquella desesperación hallaba promesas de nuevos y desconocidos transpor-

C O F R E D E S A N D A L O

tes pasionales, de un convulsivo languidecer, epiléptico como el del león y suave como el de la tórtola. Colocó sobre su seno la cabeza de Aquiles, y murmuró ciñéndola con las manos:

—¿No me crees, verdad? ¡Es muy cruel que lo mismo la que miente que la que habla con toda el alma, hayan de emplear las mismas palabras, los mismos juramentos!...

Y le besaba prodigándole cuantas caricias apasionadas conocía. ¡Refinamientos que, una vez gustados, hacen aborrecible la doncellez ignorante!

XIV

Sin fuerza para resistir el poder de aquellos halagos, Aquiles la besó cobardemente en el

C O F R E D E S A N D A L O

cuello blanco y tarso como plumaje de cisne. Entonces la Condesa se levantó, y sonriendo á través de sus lágrimas con sonrisa de bacante, arrastróle por una mano hasta la alcoba. Él intentó resistir, pero no pudo. Quisiera vengarse despreciándola, ahora que tan humilde se le ofrecía, pero era demasiado joven para no sentir la tentación, y poco cristiano su espíritu para triunfar en tales combates. Hubo de seguirla, bien que aparentando una frialdad desdeñosa, en que la Condesa creía muy poco. Actitud falsa y llena de soberbia, con que aspiraba á encubrir lo que á sí mismo se reprochaba como una cobardía, y no era más que el encanto misterioso de los sentidos.

Al encontrarse en brazos de su amante, la Condesa tuvo otra crisis de llanto, pero llanto seco, nervioso, cuyos sollozos tenían notas ex-

C O F R E D E S A N D A L O

trañas de risa histérica. Si Aquiles Calderón tuviese la dolorosa manía analista que puso la pistola en manos de su gran amigo Pedro Pondal, hubiese comprendido con horror que aquellas lágrimas, que en su exaltación ansiaba beber en las mejillas de la Condesa, no eran de arrepentimiento, sino de amoroso sensualismo, y sabría que en tales momentos no faltan á ninguna mujer.

En la vaga oscuridad de la alcoba, unidas sus cabezas sobre la blanca almohada, se hablaban en voz baja, con ese acento sugestivo y misterioso de las confesiones, que establece entre las almas corrientes de intimidad y amor. La Condesa suspiraba, presentándose como víctima de la tiranía del hogar. Ella había cedido á las sugerencias maternas. Faltárale entereza para desoir los consejos de aquellos labios que

COFRE DE SANDALO

la besaban con amor, cuyas palabras manaban dulces, suaves, persuasivas, con perfume de virtud, como aguas de una fuente milagrosa, Pero ahora no habría poder humano capaz de separarlos, morirían así, el uno en brazos del otro. Y como el recuerdo de su madre no la abandonase, añadió con zalamería, poniendo sobre el pecho desnudo una mano de Aquiles:

—Guardaremos aquí nuestro secreto, y nadie sabrá nada. ¿Verdad?

Aquiles la miró intensamente:

—¡Pero tu madre!

—Mi madre tampoco.

El bigotejo retorcido y galán del estudiante, esbozó una sonrisa cruel.

COFRE DE SANDALO

XV

Aquiles aborrecía con todo su sér á la madre de la Condesa. En aquel momento parecia verla recostada en el monumental canapé de damasco rojo, con estampados chinescos. Uno de esos muebles arcaicos, que todavía se ven en las casas de abolengo, y parecen conservar en su seda labrada y en sus molduras lustrosas, algo del respeto y de la severidad engolada de los antiguos linajes. Se la imaginaba hablando con espíritu mundano de rezos, de canónigos y de prelados. Luciendo los restos de su hermosura deshecha, una gordura blanca de vieja ename-

C O F R E D E S A N D A L O

radiza. Creía notar el movimiento de los labios, todavía frescos y sensuales, que ofrecían raro contraste con las pupilas inmóviles, casi ciegas, de un verde neutro y sospechoso de mar revuelto. Encontraba antipática aquella vejez sin arrugas, que aun parecía querer hablar á los sentidos. El estudiante recordó las murmuraciones de la ciudad y tuvo de pronto una intuición cruel. Para que la Condesa no huyese de su lado, bastaríale derribar á la anciana del dorado camarín donde el respeto y credulidad de su hija la miraban. Arrastrado por un doble anhelo de amor y de venganza, no retrocedió ante la idea de descubrir todo el pasado de la madre á la hija que adoraba en ella:

—¡Pareces una niña, Julia! No comprendo, ni ese respeto fanático, ni esos temores. Tu madre aparentará que se horroriza... ¡Es natural!

C O F R E D E S A N D A L O

Pero, seguramente, cuando tuvo tus años, haría lo mismo que tú haces. ¡Sólo que las mujeres olvidáis tan fácilmente!...

—¡Aquiles! ¡Aquiles! No seas canallita!... ¡Para que tú puedas hablar de mi madre necesitas volver á nacer! ¡Si hay santas, ella es una!...

—No riñamos, hija. Pero también tú puedes ser canonizada. Figúrate que yo me muero, y que tú te arrepientes... ¿No hay en el Año Cristiano alguna historia parecida? A tu madre que lo lee todos los días, debes preguntárselo.

La Condesa le interrumpió:

—No tienes para qué nombrar á mi madre.

—¡Bueno! Cuando la canonicen á ella ya habrá la historia que buscamos.

La Condesa medio enloquecida, se arrojó del lecho. Pero él no sintió compasión ni aun vién-

dola en medio de la estancia: Los rubios cabellos destrenzados, lívidas las mejillas que humedecía el llanto, recogiendo con expresión de suprema angustia la camisa sobre los senos desnudos. Aquiles sentía esa cólera brutal, que en algunos hombres se despierta ante las desnudeces femeninas. Con clarividencia satánica, veía cuál era la parte más dolorosa de la infeliz mujer, y allí hería sin piedad, con sañudo sarcasmo:

—¡Julia! ¡Julita! También tus hijos dirán mañana que tú has sido una santa. Reconozco que tu madre supo elegir mejor que tú sus amantes. ¿Sabes cómo la llamaban hace veinte años? ¡La Canóniga, hija! ¡La Canóniga!

XVI

La Condesa horrorizada huyó de la alcoba. Aun cuando Aquiles tardó mucho en seguirla, la halló todavía desnuda, gimiendo monótonamente, con la cara entre las manos. Al sentirle, incorporóse vivamente y empezó á vestirse, serena y estoica ya. Cuando estuvo dispuesta para marcharse, el estudiante trató de detenerla. Ella retrocedió con horror, mirándole de frente:

—¡Déjeme usted!

Y con el brazo siempre extendido, como para impedir el contacto del hombre, pronunció lentamente:

C O F R E D E S A N D A L O

—Ahora, todo, todo ha concluido entre nosotros! Ha hecho usted de mí una mujer honrada. ¡Lo seré! ¡Lo seré! ¡Pobres hijas mías si mañana las avergüenzan diciéndoles de su madre lo que usted acaba de decirme de la mía!...

El acento de aquella mujer era á la vez tan triste y tan sincero, que Aquiles Calderón no dudó que la perdía. ¡Y sin embargo, la mirada que ella le dirigió desde la puerta, al alejarse para siempre, no fué de odio, sino de amor!...

